

Contar cuentos es contar la cultura

Presente a través de sus obras y su voz de "cuenta cuentos" en la primera edición local de la Feria del Libro Infantil —a toda marcha hasta el próximo miércoles— la escritora cordobesa confía en el poder terapéutico de la fantasía, para paliar los excesos de un tiempo contaminado de pragmatismo. Por eso concibe historias en las que las mariposas salen a perseguir sus colores, alguna lagartija busca una cola postiza y, más acá de la "realidad", un niño de la Pampa de Achala reconoce, en la trama de las nubes, la figura encorvada de su padre, ganándose el sustento de sol a sol.

Cuando era pequeña, el abuelo árabe alimentaba su asombro relatándole cuentos venidos desde muy lejos. Desde entonces, la escritora que debía ser comenzó a insinuarse en las grandes "mentiras" inventadas para despartar a sus padres, o en los mensajes-cartas que, sin ninguna excusa, aparecían sobre la mesa de comedor cada mañana. Aún hoy, con hijos casi adolescentes, Graciela D'Lucca de Biale conserva la frescura de ese despertar al mundo de la imaginación: "Contar cuentos —dice— es contar la cultura. Creo que esa es la forma en que los humanos preservamos la historia de este planeta, la fantasía, la magia".

El compromiso "formal" de esta creadora con las letras data de apenas ocho años. No obstante, ha recibido ya varias distinciones por trabajos ficcionales —"Imágenes", "No se puede con el genio", "Verano de sapos"— y de estudio —"Pasito a paso", en coautoría con Mirella C. de Abate, libro de lectura y "Tres experiencias educativas: del rastreo de esquemas previos a la construcción del conocimiento". Asesora de la Feria del Libro

Infantil en Córdoba, D'Lucca integra la Asociación Argentina de Lectura (AAL), junto a un grupo de "cuenta cuentos" dedicadas a transportar a los chicos de distintas escuelas hasta los umbrales de la invención. "En este mundo tan tecnificado y tan acelerado

—acota— la fantasía aparece como una actividad peligrosa, normalmente motivo de consultas a psicólogos. El niño demasiado imaginativo es mal visto, no tiene cabida entre los demás.

Pienso que todos los que experimentamos esa marginación en la infancia, optamos tarde o temprano por el recurso del arte, como vía de resoluciones del plano de lo fantástico".

Con letra prolija

—¿Están reñidas la lectura y la televisión en el mundo de los chicos?

—Existe un prejuicio respecto a eso. Las maestras y los padres le echan la culpa a la televisión de que los chicos no lean y no es así. Sería profano ignorar a la TV como un avance importante. Si no hay niños lectores es porque fallan los métodos de la lecto-



D'Lucca: "El goce estético también pasa por conocer lo que nos pertenece".

escritura; la bibliografía escolar se les presenta ajena a la realidad y a la fantasía. Incluso fantasear es una pérdida de tiempo; es más importante aprovecharlo estudiando computación, armando objetos, haciendo tecnología. Por otra parte, la escuela ha didactizado la literatura, convirtiéndola en un objeto para enseñar infinidad de contenidos. Una vez un chico me dijo que no le gustaba leer porque después tenía que escribir la idea principal. Eso te da la pauta de que le hemos ido matando el goce estético de la literatura.

Sin embargo, pienso que las cosas han ido cambiando. Ahora los encuentros, la creación de bibliotecas, las ferias, toda esa actividad intensa de los últimos años, resulta muy positiva para el objetivo de formar lectores.

—¿Cómo participan sus hijos en lo que escribe?

—De mi tres hijos, el mayor, que tiene 14 años, es el que más ha acompañado todo el proceso. Yo le doy mis trabajos y él me hace las críticas. Pero en general mis chicos son buenos lectores, porque han tenido una mamá muy contadora de cuentos.

Aún hoy, cuando ya están crecidos, mantenemos esa costumbre.

Muchos creen que los adolescentes están en otra y no es tan así. Ese espacio de alegría, de magia que habilita la narración oral es una buena posibilidad de fortalecer el vínculo con ellos.

—Y fuera de su casa ¿cuál es su experiencia con el público infantil?

—Las "cuenta cuentos" visitamos las escuelas, convocadas por las maestras, y fantaseamos con los chicos en base a las lecturas. Este contacto nos permite observar de cerca sus expectativas. Fíjate algo curioso: siempre me preguntan dónde aprendí a hacer esa letra tan prolijita de los libros. No saben que esa letra de molde es parte de otra etapa en la confección del libro, de otra etapa en la confección del libro, precisamente porque asocian la escritura con la impresión gráfica sobre un papel, y no a la transmisión de un mensaje. Para ellos escribir implica agarrar la lapicera y copiar del pizarrón.

—En este sentido, la escuela ha tendido a desarrollar el aspecto creativo-expresivo a través del hecho plástico, y la escritura ha quedado un tanto relegada de ese proceso...

—Es más: se ha contribuido a inhibirlos con asuntos como el de la ortografía. Trabajando en el plano de la expresión oral, las experiencias suelen ser magníficas, pero a la hora de reproducir ese mensaje por escrito, los chicos se niegan totalmente, porque hay un divorcio entre el signo impreso y lo que piensan o sienten.

El tiempo de los antihéroes

—Existe una vieja tendencia maniqueísta en la literatura para la niñez, esto es, la diferenciación —artificial, de hecho— entre personajes buenos y malos. ¿Cómo maneja el tema de la valoración ética en sus cuentos?

—Como no se cuál es la verdad absoluta de este mundo y espero no saberlo (el día que lo sepamos va a ser muy aburrido vivir), no me preocupo demasiado por eso. Sí, desde luego, hay valores que han influenciado mi personalidad y están presentes en mis ficciones: la amistad, por ejemplo, o el trabajo, que es un valor bastante venido a menos últimamente. También me interesa el tema de lo regional, el contacto con lo que nos rodea.

Siempre me remito a tratar de reflotar lo autóctono, porque considero que esta invasión de los medios de comunicación ha producido que estemos disociados. La imagen nos brinda un mundo que no es el que codeamos todos los días. Vos le hablás a un chico de un paraíso y no sabe de qué se trata, y es el árbol que tiene en la puerta de su casa. Sí puede identificar, en cambio, especies de la flora o la fauna que jamás se han visto aquí. Desde este punto de vista, el goce estético también pasa por conocer lo que nos pertenece.

—¿Piensa que la literatura infantil tiende a crear un mundo un poco ficticio? Me refiero a la exclusión del peligro y la violencia, que también forman parte de la realidad de los niños.

—Precisamente, eso ha impulsado la devoción de los chicos por los Superman o los Batman, a partir de la necesidad de canalizar ese caudal de agresividad y violencia. La literatura ha presentado por muchos años un mundo tan rosita, que ha terminado por saturar a sus destinatarios. Ha creado un discurso "buenudo" que soslaya temas como la separación de los padres, la muerte de los abuelos, la violencia callejera, escolar o entre pares. Los personajes de ahora no tienen padres que fuman en pipa, ni madres impecables. Hoy la literatura es mucho más comprometida, plantea, por ejemplo, las diferencias sociales, como le sucede a Anselmo en "Imágenes", que se tiene que bancar la pérdida del padre, porque éste debe irse a otro lugar a trabajar. Esa es la realidad de miles de chicos cordobeses. Tenés otro ejemplo en autores como Leiguarda, que escribe un cuento con piojos ¿qué chico de Córdoba no ha tenido piojo? Pienso que la fábula es

una etapa histórica, prácticamente ya no corre más.

—¿Qué pasa con los héroes?

—Yo creo que hay más anti héroes que héroes en la literatura contemporánea. Al fin y al cabo, eso es lo que somos los ciudadanos contribuyentes. Los escritores nos empeñamos en desmitificar esos héroes cancheros, que las pueden todas.

—Los animales siguen siendo los protagonistas predilectos ¿por qué?

—El niño tiende a transferir su identidad a la vida de los animales; es lo que se conoce como "animismo". Piaget cita el caso del chico que sufre enuresis nocturna y le echa la culpa al osito; él no puede admitir que le haya sucedido. Entonces, los escritores tratamos de manejarnos con el mismo lenguaje de pensamiento de los niños, para que ellos puedan ser interlocutores válidos del relato.

¿Un género menor?

—En realidad, jamás he dibujado "a priori" mi destinatario. Escribo porque emana de mí, y recién cuando veo el producto me doy cuenta de que el lector es un niño. Pero también tengo trabajos para adolescentes, incluso uno de ellos recibió un premio hace poco. No faltó quien me felicitará por mi "evolución". Parece que mientras más grande en edad sea el receptor, más meritorio será el trabajo.

—Se subestima a los niños...

—Sí, en muchos casos. Pero llegar a ellos es difícil, hay que vivenciar sus expectativas, aprehender sus códigos, la temática es bastante más compleja. Nosotros nos valemos de recursos como el humor, el disparate, la sátira y el animismo para decir un montón de cosas.

—¿Cuál es la situación de la literatura infantil en Córdoba?

—Los escritores cordobeses tenemos problemas para editar, porque las grandes editoriales son porteñas. Los costos son muy elevados, hay que golpear puertas, concursar, en fin, buscar las vías de acceso a la edición, que es la concreción de un escritor. Pero mi ánimo es optimista, porque estamos ganando mucho terreno en la difusión de la literatura infantil, y es justo reconocer que aquí tenemos excelentes cultores del género.